

REGIONALISMO CONTRA GLOBALIZACIÓN*

Jesús SILVA-HERZOG F.

Quisiera iniciar el tratamiento del tema regionalismo *versus* globalización con dos comentarios iniciales:

1. México es uno de los países en el mundo con mayor número de tratados de libre comercio firmados en diversas regiones del planeta (América del Norte, América Latina, Europa y el Medio Oriente).

Este proceso es el resultado, en su origen, de un profundo cambio en la política comercial mexicana, iniciado en agosto de 1985, reforzado en 1986 con la entrada al GATT e impulsado en los años siguientes.

De una economía cerrada, altamente proteccionista, pasamos a ser una de las economías más abiertas del mundo. El modelo de sustitución de importaciones vigente por varias décadas cedió su terreno a otro que se basa en el impulso de la exportación de mercancías.

En la actualidad, México es uno de los 10 países exportadores más importantes del mundo. Somos el segundo socio comercial de los Estados Unidos y enviamos al vecino país del norte casi 90% de nuestras ventas al exterior.

Sin duda, el inicio del TLC con Estados Unidos y Canadá, en enero de 1994, ha sido el factor determinante de este impresionante dinamismo.

En general, los efectos del TLC en los tres países miembros han sido positivos. La salida de la crisis de 1994-1995 en México difícilmente puede explicarse sin la vigencia del acuerdo comercial.

Sin embargo, no se pueden desconocer algunas consecuencias negativas: un muy elevado contenido de importaciones —principalmente en las maquiladoras— en nuestras ventas externas, el rompimiento de eslabones en la cadena productiva nacional, el descuido del mercado interno y el agravamiento de disparidades regionales.

2. A primera vista, pareciera que regionalismo y globalización son procesos en conflicto. Empero, a mi juicio, no son una disyuntiva, sino

* Palabras pronunciadas en la sesión inaugural. Algunos ajustes a la versión oral fueron necesarios.

que van y han ido juntos, Ésa ha sido una característica de fines del siglo XX y principios del XXI.

Hubo un tiempo cuando se pensó que los bloques comerciales regionales se convertirían en bloques “fortaleza”. Es cierto que la relación económica intra-regional ha sido más dinámica que a nivel global, pero este hecho, no ha obstaculizado la expansión del proceso de globalización. La globalización, “el fin de la geografía”, como alguien la llamó, ha continuado a la velocidad del jet y del Internet.

Ahora me permitiré hacer algunas reflexiones sobre el proceso de globalización.

La globalización es un fenómeno que estimula el libre flujo de bienes y servicios, ideas, tecnología, cultura y, de manera importante, corrientes financieras entre diferentes partes del mundo.

Su proceso busca la eficiencia y mayores niveles de productividad para poder elevar la riqueza a nivel global. Los factores de la producción se mueven con ese objetivo sin reconocer las fronteras nacionales, costumbres o tradiciones locales. Se afirma que es la última expresión del liberalismo económico y de la supremacía del mercado. El impresionante avance en las comunicaciones y telecomunicaciones ha representado su extraordinario impulso.

La globalización no es una alternativa, es una realidad irreversible; pero tampoco es un algo fatídico, sobre lo cual no se puede hacer nada. No es un proceso nuevo. ha estado presente con nosotros de una manera u otra. Antes de la Primera Guerra Mundial, los flujos de comercio y capital en comparación con el PIB mundial, no eran muy diferentes a los actuales.

Lo que ha cambiado mucho es la velocidad, el costo de las comunicaciones y el número de participantes. Conviene tener presente que:

- a) El 80% de la producción mundial no cruza fronteras, sino que se destina al mercado interno.
- b) Nueve de cada diez trabajadores laboran sólo para actividades ligadas al mercado doméstico.
- c) El 90% de la formación de capital en el mundo se financia con el ahorro interno.

A pesar de su profundidad y efectos generalizados, la mayor parte de los países en el orbe y la mayoría de la población mundial, todavía son meros espectadores del proceso globalizador.

La globalización no es sólo económica, sino que abarca también aspectos políticos y sociales. La presencia global en los procesos democráticos de cada país, la observancia de los derechos humanos, el medio ambiente y, más recientemente, las prácticas de corrupción, son cada día más evidentes. Las cuestiones sociales, la distribución del ingreso y la equidad se dejan a la supremacía del mercado y a un papel más limitado del Estado. Este hecho explica, en buena medida, el surgimiento de los llamados globalifóbicos.

Se dice que, a veces, la globalización no es pareja. Sus argumentos se esgrimen de modo general, pero su aplicación no lo es. Un caso notorio lo tenemos con el reciente proceso de venta de la banca mexicana a manos extranjeras. Un grave error histórico. La razón utilizada fueron las incontenibles fuerzas globales. De los 15 países más importantes del mundo, 14 defienden sus bancos en manos de sus nacionales y limitan la propiedad de capital externo (España, Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Italia, Inglaterra, Canadá, Estados Unidos, Japón, Corea, Brasil, etcétera). México es el único que ha perdido su sistema bancario.

Es indudable que, en los últimos años, el proceso de globalización ha dado lugar a un mayor grado de desigualdad en el mundo: entre países y dentro de ellos, por sectores y por regiones geográficas.

De manera un tanto paradójica, la globalización estimula la competencia pero ha provocado una tendencia a la formación de monopolios y/o oligopolios a través de mega fusiones en diversos campos de la actividad económica mundial (automotriz, farmacéutica, telecomunicaciones, etcétera).

Vivimos en un mundo global en el que conviven culturas muy diversas, cuyas diferencias —a veces profundas— no son suficientemente reconocidas por los principales protagonistas.

Uno de los aspectos más controvertidos dentro del proceso de globalización es el enorme flujo de capitales que se mueve de un lugar a otro a la velocidad de un teclado. Estos movimientos han dado lugar a situaciones de inestabilidad altamente costosas para los países receptores. La idea de establecer algún tipo de controles a los movimientos de capital ha vuelto a surgir con una fuerza modesta. En este sentido, vale la pena citar a Georges Soros, uno de los grandes beneficiarios de la mundialización financiera, quien señala en su último libro *La crisis del capitalismo global*: “Mantener los mercados financieros domésticos totalmente expuestos a los vaivenes de los mercados internacionales, puede causar una mayor inestabilidad de lo que un país dependiente del capital externo

puede resistir. Alguna forma de control a los movimientos de capital puede ser, por tanto, preferible a la inestabilidad, aun cuando no constituya una buena política en un mundo ideal’.

La globalización está cambiando el concepto mismo de Estado-nación, transfiriendo parte de su poder a otros actores: las organizaciones no gubernamentales, cuya presencia e influencia es cada día más notable; los organismos supranacionales; la creciente descentralización de la autoridad hacia entidades diferentes del poder central; la prominencia del mercado que ha conducido a procesos de desregulación, privatización, extranjerización y reducciones del gasto público; el poder de las grandes empresas transnacionales que, con frecuencia, detentan un poder superior a la de los propios gobiernos y los compromisos emanados de la firma de los tratados del libre comercio que limitan el campo de acción gubernamental en cuestiones importantes de la política económica nacional.

Concluyo recordando que Thomas L. Friedman, articulista destacado del *New York Times*, señala en su reciente libro, *The Lexus and the Olive Tree. Understanding globalization*, que la globalización, desde el punto de vista cultural, es la “americanización” en una escala global. Si esto es en lo general, lo es aún más en el caso nuestro. La globalización en México es americanización.

Por ello, el gran reto es hacer compatible la globalización con las necesidades locales. Ignorar éstas puede conducir a un clima social y político complicado. La única manera de lograr una inserción digna y respetada en el concierto de las naciones es mediante el fortalecimiento de nuestros valores, nuestra historia, nuestra identidad cultural; en suma, ser nosotros mismos y retomar —en un contexto diferente— el nacionalismo.

Sin embargo, tal parece que todo ello no está en la agenda actual.